

Mensaje del Arzobispo Ángel Rossi en el Encuentro Pastoral del 26 de marzo de 2022.

Muy buenos días queridos agentes pastorales de la arquidiócesis, queridos discípulos, discípulas misioneros, misioneras...

Comienzo por disculparme que no salgo en directo y es porque todavía estoy un poco “clueco” de salud y preferí ir a lo seguro, como decimos en criollo. Pero deseo saludarlos y desearles un año muy fecundo de su servicio y de su misión. El otro día les decía a las catequistas, en el retiro de catequistas, que ser “testigo de Su belleza”, esta expresión de la “belleza del Señor”, de la “belleza del encuentro con el Señor” a mí me parece una de las definiciones más lindas, más justas y también más exigente de lo que debe ser un cristiano hoy y por lo tanto, particularmente, un agente pastoral, un discípulo misionero. El papa Francisco nos recuerda que nuestra misión, lo dice en *Evangelii Gaudium*, no es una parte de mi vida, no es un adorno que yo me puedo poner o quitar, no es un apéndice, no es un momento más de la existencia, sino que es algo que yo no puedo arrancar de mí sino quiero destruirme. Y el Papa usa esta expresión: “Yo soy una misión en esta tierra”. Uno puede decir que se equivocó de verbo y decir “yo tengo una misión” y sin embargo no, el Papa dice: “yo soy una misión en esta tierra y para esto estoy en este mundo”. Hay que reconocerse a sí mismo, dice el Papa, como marcado a fuego por esa misión y pone estos verbos que son para rumiar despacito: iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar y liberar, porque en esa medida, ahí aparece: la enfermera del alma, el docente de alma, el catequista, la catequista de alma, el agente pastoral de alma. Digamos. esos que han decidido ir a fondo por los demás y para los demás; que no separan la tarea por una parte y la vida privada o lo propio por otro, no. Ser agente pastoral, ser discípulo misionero, es una vocación. No trabajamos de catequistas, no hacemos de misioneros-misioneras, sino que somos, somos porque involucra la vida. Lleva al encuentro con Jesús, con las palabras y con la vida y sobre todo con el testimonio. Por lo tanto, esto, agentes pastorales apasionados y gozosos de llevar adelante el gozo de esto. Evangelizar es la comunicación de una experiencia y el testimonio de una fe que enciende los corazones, Es una experiencia honda porque introduce el deseo de encontrar a Cristo. Cada uno en su propia misión, allí donde Dios lo ha puesto y en el fondo, a través de los gestos y la palabra o a través de nuestro testimonio, intentamos animar al otro al deseo del encuentro con Cristo que es algo muy personal... Pero, la pasión con que se vive, la pasión con que se educa, la pasión con que se es catequista, la pasión con que se acompaña al enfermo o al que está preso, etc., es lo que queda en el corazón. Acordaos siempre aquella poesía de Antonia Machado hablando justamente de la pasión (no hay por qué pensar en una pasión mala, dentro de poco vamos a celebrar la pasión de Jesucristo). Decía Machado: *“llevaba en el corazón la espina de una pasión y logré arrancármela un día pero, ya no siento el corazón. Aguda espina dorada quién te pudiera llevar en el corazón clavada”*. ¿No? Y un poquito más adelante va a decir que un

corazón solitario, o sea un corazón no gozoso, no apasionado... ¡No es un corazón! Así decía Antonio Machado. Bueno, algo así deberíamos experimentar nosotros. La sensación de no reconocernos si hemos perdido el fuego de la pasión de la evangelización.

Por otro lado, un agente pastoral siempre es un vigía de la vulnerabilidad. Es decir, ser vigía de la vulnerabilidad es una tarea ineludible de los discípulos misioneros, es advertir las heridas de aquellos a quienes acompañamos sinodalmente. Sínodo, significa “caminar con”. Por lo tanto, al “caminar con” y en la medida que vayamos con nuestra gente a advertir sus heridas y vivirlas en proximidad y cercanía, es tomar partido por ellos. Es defender su dignidad muchas veces. El agente pastoral comprometido no habla desde “arribita” sino que habla desde dentro. Es un vulnerado. Es un herido. Uno habla de esto: “sanadores heridos”.

Por lo tanto, testigos de la belleza, transmitir la belleza decíamos, es la misión del artista. Algunos bailando otros pintando. De alguna manera todos somos artistas porque todos tenemos, a través de nuestra misión, que transmitir la belleza del Señor y de su encuentro.

Yo me acordaba de Atahualpa Yupanqui. En esa misma línea habla de la responsabilidad del cantor. El habla del cantor por supuesto. Donde él habla de “la tierra” yo le pongo la palabra “Dios” pero, no lo traiciono a Atahualpa, porque la tierra para Atahualpa Yupanqui es una deidad, es una mezcla de la tierra, la familia, los antepasados y Dios también. Dice Atahualpa *“nada resulta superior al destino del canto”*. El canto es la misión, la transmisión de la misión de cada uno de nosotros. ¿No? *“Si eres el elegido te espera una tremenda responsabilidad. Puede perseguirte la adversidad, puede aquejarte el mal físico, puede empobrecerte el medio, desconocerte el mundo, pueden burlarse y negarte los otros, pero es inútil, nada apagará la lumbre de tu antorcha, porque no es sólo tuya, es de Dios que te la ha entregado y te la ha dado para tu sacrificio, no para tu vanidad. La luz que alumbra el corazón del artista es una lámpara milagrosa que el pueblo usa para encontrar la belleza en el camino, para iluminar la soledad, el miedo, el amor, la muerte”*. Si, termina diciendo Atahualpa, *“Si, Dios señala a sus elegidos y al llegar al final tendrán su premio. Nadie los nombrará, serán anónimos, pero ninguna tumba guardará su canto”*. De alguna manera, la transmisión de su canto que es su servicio, es lo que, digamos, ninguna tumba podrá guardar. Sino que queda floreciendo, queda germinando en el corazón de aquellos al lado nuestro, como tantas veces nosotros en nuestro corazón llevamos lo recibido de tanta gente linda. No?

Por tanto, los agentes pastorales tienen que ser discípulos misioneros gozosos. El gozo es una exigencia para hoy, el gozo es la exigencia de este tiempo. Por eso creo importante subrayar esto, la dimensión testimonial de la alegría en nuestro servicio. El ser testigos, en su sentido original que es jurídico, significa: dar fe públicamente de lo que hemos visto, de lo que hemos oído, de algo que hemos experimentado. Pero el testigo cristiano no solo lo dice, sino que se involucra, se compromete personalmente con aquello que dice. Porque dar razón de algo o,

mejor dicho, de Alguien con mayúscula, que es su verdad, su camino y su vida: Cristo. Y no se limita a dar testimonio sino que lo hace con su vida. Lo anunciado se palpa en su familia, en su comunidad, en su trabajo. Sus gestos, su alegría, su serenidad en el dolor y la prueba, su modo de amar, su capacidad de perdonar, su respeto por las personas, su caridad por los pobres, su oración personal y litúrgica, son su testimonio de que Cristo resucitado y que vive por obra del Espíritu en el corazón de los hombres y de la iglesia.

El testimonio para que sea cristiano le es esencial el gozo no es un privilegio, no es una yapa, no es una opción. Es necesidad y es obligación. Es el vehículo esencial del anuncio. Es el elemento que se use, que interpela que le da credibilidad al mensaje. Provoca en el que escucha la convicción de que este anuncio por lo que se ve en el rostro y en los gestos del que me lo anuncia, vale la pena. Es efectivo. Es realmente Buena Noticia.

Ese gozo vivido y anunciado gesta un estilo. Un estilo gozoso que es el estilo de Jesús. Llama la atención, ya que estamos cerca de Semana Santa cuando uno lee los relatos de la resurrección cuánto le costó al Señor consolar a sus discípulos. Sacarlos de su tristeza. Animarlos al anuncio gozoso de la resurrección. No por nada se dice que Cristo tan paciente en su Vía Crucis y quizás todavía más después de su resurrección, cuando durante 40 días salió a a buscar personalmente a cada uno de los discípulos o sea que con cada uno, remarca por ahí cardenal Martini, tuvo una pedagogía particular de acuerdo a las circunstancia y al modo de ser de cada uno. Vemos a Magdalena la afectiva, nombrándola con ternura; a Juan el intuitivo, a través de la piedra corrida, la sobreabundancia de la pesca y también le envía a Juan para que le diga. Vemos a Pedro en su lentitud, le dejó las vendas y el sudario doblado, lo hizo participar de la pesca milagrosa, se lo envía a Juan para que le diga a Pedro, “es el Señor”, cuando están en la barca. Le preparó aquel delicado desayuno y después lo llamó aparte para conversar. Tenía que hacer que aquel hombre herido por aquel triple no que le había dado en la traición se pudiese curar ahora con un triple si. “Señor tú lo sabes todo, tu sabes que te amo”. Y a los discípulos muertos de miedo también se les manifiesta, vulnerando sus puertas cerradas y pacificándolos. Con los discípulos de Emaús va a tener que caminarse unos cuantos kilómetros para irles calentando el corazón para que finalmente lo reconozcan al partir el pan. Con Tomás, el exceptivo, tiene que redoblar los gestos cuando aquel vuelve a la comunidad. Lo llama y le concede su capricho: “Tomás, quieres tocar, vení, sacate la duda, meté tu mano en mi costado”. O sea, por lo tanto, el gozo se constituye para nosotros en una exigencia personal. Es la posesión de algo muy nuestro, lo más nuestro. Digo. Si nos encuentra en la calle, un hombre sin fe, un hombre de otra religión, que nos preguntase -qué es lo más cristiano que tiene el cristianismo-, tendríamos que responder sin dudar: ¡el gozo! ¡La alegría! Uno después puede agregar: la capacidad de sufrir u otra cosa, pero el gozo es un don. Pero un don que se cuida, es un don que se defiende, que no se negocia a cambio del gozo eufórico falaz, pasajero que ofrece por supuesto, seductoramente el mundo y se constituye en una exigencia apostólica. El

gozo es para ser dado. Es el puente tendido desde un corazón a otro por donde cruza la buena noticia, la buena nueva y es la que hace creíble al mensaje. Decía la alegría tiene que ser por otro lado el estado habitual nuestro. Hay una tesis doctoral de un jesuita yanqui que el título es muy significativo, es “el malestar de sentirse bien”. Cuando no estamos bien nos sentimos raros. Contentos que me pasará. Otros dicen que se vendrá dicen otros. O una especie de presión que realmente es una tentación por supuesto. Que se vendrá. Que se yo que se vendrá. Quizás se viene también más alegría. Pero a veces uno mismo como que aborta esa alegría por estar desacostumbrado a veces al gozo a la alegría. Por lo tanto que en estos tiempos, nos dejemos consolar por Cristo resucitado para poder renovar nuestro compromiso de ser sus testigos gozosos, justamente. Y para animarnos también y acá me valgo del Papa, animarnos a esa agresividad apostólica que pide el papa Francisco, a la valentía ministerial. El animarse a nuevos retos, el revalorizar y renovar gestos pastorales que son validísimos hoy día o el animarse a voltear esquemas caducos. Lo cual, esto no implica una postura de autoafirmación, ni implica un acá vengo yo o de creermelo dueño de la verdad o el abanderado de los pastoralistas o de voltear todo lo que construyera un anterior cura o un anterior agente pastoral sino que necesita de humildad, de mansedumbre, de escucha, de respeto al camino andado por quienes nos precedieron en el ministerio o en el servicio. De hombres y mujeres fuertes en su debilidad. Que se saben pequeños pero confiados en la gracia de su misión. Por lo tanto, nos vamos disponiendo en este tiempo para pasar de una pastoral de conservación a una pastoral misionera. Dice el papa en *Evangellii Gaudium*: “cada uno de los bautizados cualquiera sea su función en la iglesia y el grado de formación que tenga, es un agente evangelizador, es un discípulo misionero.”

Si no nos convencemos miremos a los primeros discípulos quienes, inmediatamente después de conocer la mirada de Jesús salían a proclamarlo gozosos: “¡Hemos encontrado al Mesías!”. O la samaritana, apenas salió de su diálogo con Jesús se convirtió en misionera y muchos samaritanos creyeron en Jesús por la palabra de la mujer. Me parece muy bonito que dice que, al llegar al pueblo le preguntaron de donde venía esa alegría y ella contesta: “a la vera del brocal, del pozo”, “a la vera del brocal encontré a la Dicha”, (con mayúscula), “sentada”. Entonces le dicen “danos del agua que él te dio” y ella les contesta que no, “a la vera del brocal, La Dicha”, (con mayúsculas), “Jesús, sigue sentado”. Como diciendo: ahora te espera a vos. Es un encuentro que es personal. Y si quieren, Pablo, enseguida se puso a predicar, después de su conversión, que Jesús era el hijo de Dios. Por lo tanto, viene bien preguntarnos también nosotros qué esperamos para poder anunciar.

Se trata de llevar el evangelio, y vuelvo al Papa, a las personas que cada uno trata, tanto a los más cercanos como a veces a los desconocidos. A veces se expresa de manera más directa, otras veces a través de un testimonio más personal, de un relato, de un gesto o de la forma que el mismo Espíritu pueda suscitar en una circunstancia muy concreta. Esto que el padre

Bazzara nos decía: el poder compartir con la gente, el caminar con”, respetando, dando y recibiendo el evangelio a través de formas muy misteriosas y no siempre bajo las formas formales que uno supone sino a veces por caminos y a través de personas, digamos que son muy sorprendentes.

En fin, habrá que convencerse que es tiempo de salir a la calle, en salida, como dice el Papa, de dar un salto y aprender como dice Dolores Alexandre, del maestro “el ponernos en camino hacia los otros”, de salir de la sacristías y de los salones vip, decía el Papa. De ir a la gente y no ir a lo cruzado, no ir con indiscreciones apostólicas ridículas, no ir con mensajes apocalípticos, no a salvar a los perdidos o conquistarlos para mi grupito. Pero si, a llevar una palabra de aliento, a escuchar, a consolar, a acompañar, a tender manos, a discurrir como incluir, como incorporar, como tejer redes, a sentarnos con otros en la mesa de la vida, a llevar la Buena Noticia a los pobres, a facilitar en definitiva el encuentro con el Señor.

Y fíjense, estamos en tiempo sinodal decimos y sinodalidad implica justamente esto. Implica caminar juntos. Por lo tanto, caminos de encuentro que la Iglesia y nuestras parroquias y nuestras escuelas y nuestros hospitales y nuestros ámbitos sean un refugio. Sean un lugar de encuentro y no de destierro. Todos en medio de la hostilidad, (no hace falta que uno la explique mucho) y de la despersonalización de las relaciones, andamos buscando siempre un lugar en el que se sintamos aceptados incondicionalmente. Pues sólo ahí uno, recupera la confianza y pierde los miedos. Un lugar donde uno pueda convalecer y curar de sus heridas. Ser la experiencia del encuentro, de que alguien nos busca o que alguien nos espera, nos hace sentir seguros y a salvo. Nos hace sentir en casa, que es lo que necesitamos. Así escribe el Apocalipsis que el gran encuentro con el Señor, dice: “ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos, y El les enjugará las lágrimas de los ojos. Los sentará a la mesa, les servirá y les secará las lagrimas de los ojos”. O sea, más allá de nuestra sensación de intemperie es por la Buena Noticia a cuya sombra podemos vivir y cuando el Señor venga a encontrarnos nos hará recostar a la mesa y nos irá sirviendo, como decíamos recién. El saberlo nos da animo para seguir esperándolo a él y brindando nosotros hospitalidad, acogida, unos a otros. Que nuestra iglesia, nuestras parroquias nuestros ámbitos, nuestra misión, sean un lugar de encuentro, de encuentro de hermanos en una misión y en una cruz común. De encuentro con los otros que nos sacan de nuestros aislamientos, de esas vizcacheras tramposas donde a veces nos acobachamos huyendo por cobardía o por miedo de la mirada de los demás. Encuentro de senderos nuevos, cuando la niebla del dolor no nos deja ver por donde hay que seguir o, nos hace creer mentirosamente que no hay salida. Encuentro de ricos y pobres, de jóvenes y de viejos, dicho cariñosamente. Encuentro de abrazos calentitos frente a la frialdad de una sociedad indiferente. Encuentro de la Palabra de ternura y consuelo frente a tanta mudez o a tanto griterío estéril. Encuentro donde la lógica de la caridad, del cariño sincero rompa la lógica de la competencia. Encuentro de corazones en gratuidad, en una sociedad donde lo que une es

la trenza, el comercio, cuando no incluso el chanchudo, el yo te doy si vos me das. O sea, donde todo tiene precio desgraciadamente. Y finalmente, el gran encuentro, el encuentro con Dios en la oración, en la intimidad con él. Con el Amigo con mayúsculas, que a veces nos pasa que en el trajín de la vida, lo tenemos en la vereda del corazón. Acurrucado a veces de frío, paciente, llamando a la puerta, como dice el Apocalipsis esperando que salgamos para poder consolarnos, para poder en definitiva decirnos: “vos sos mi hija muy amada, vos sos mi hijo muy amado. Yo te llevo atado al corazón. Yo te tengo tomado, tomada de la mano”.

Por lo tanto, gracias a ustedes, discípulos misioneros, anunciadores gozosos de Jesús y de su Evangelio. Yo diría así, gracias a ustedes hay niños que ya pueden decir papa y mama sin que ese nombre sea un grito en el vacío. Estoy pensando en los distintos apostolados de ustedes. Sino que tenga el bendito eco de un rostro, de una mirada preñada de cobijo, de una voz que le responda ya no con el vacío sino con el mejor de los apelativos que un hombre puede desear y necesitar: el de “hijito”, el de “hijita”. Gracias a ustedes hay una mamá o una jovencita que ya no camina sin rumbo por nuestras calles masticando la angustia y la desesperación, posiblemente por ejemplo, por no tener adonde cobijar a su hijito recién nacido, recién parido... o de no saber cómo resolver sus laberintos interiores o sus conflictos familiares... Sino que sabe dónde ir a llevar sus penas. ¡A ustedes! Donde ir a contar sus miedos, donde ir a compartir sus sueños. Donde ir a llorar o a reír.

Gracias a ustedes, agentes pastorales, hay una mujer o un hombre moribundo, que ya no tiene que despedirse de esta vida con la mirada en el vacío y la mano despoblada, sola, sino dialogando con la ternura de unos ojos y sintiendo el calor acariciante de una mano que lo ha adoptado como hijo, como hermano, como padre o como abuela. Un hombre y una mujer, que partirá de esta vida diciéndoles gracias o diciendo perdón, o diciéndole te quiero a alguien, como todo ser humano merece. Pienso en aquellos que acompañan moribundos, a los enfermos, a los ancianos o a los solitos.

Gracias a ustedes, hay críos de nuestros pueblos, de nuestros barrios que podrán levantarse y rumbear para el colegio o la catequesis. Algunos lo harán a caballo, o caminarán leguas, o por las calles de nuestros barrios, para formarse... Sobre todo, para ir formando no tanto la cabecita sino sobre todo el corazón a través del testimonio de ustedes.

Gracias a ustedes, discípulos misioneros, hay una abuelita o un abuelito, condenado a soledad perpetua por la indiferencia de nuestra sociedad para quien el tiempo ya no será un transcurrir sin sentido sino que, estará cargado de la ilusión de ese día en la semana en la que posiblemente un voluntario venga a poblar su soledad con el afecto y la palabra linda o recibe esa llamadita por teléfono que solemos decir: -“me cambio el día”-, o por qué no, muchas veces: -“me cambió la vida”.

Gracias a ustedes, hay un hermano nuestro en nuestra ciudad para quien el desamparo y la crueldad del invierno y de la calle se ha trocado, se ha cambiado en comida, en posibilidad de trabajo y sobre todo en trato digno, humano, cordial. Aquel que todos imperiosamente anhelamos.

Gracias a ustedes, hay hombres privados de libertad y muchas veces de rostros queridos, que se encontrarán con ustedes, con alguien que no viene a juzgarlos sino, que viene a acompañarlos. Que le interesa de él, no lo que cometió, no su delito, sino su corazón. No lo que hizo sino, lo que espera.

Por lo tanto, que se animen, y nos animemos, y este es el agradecimiento: agradecerles a ustedes, sea allí donde les toca ejercer su misión, vivir su misión hondamente, gracias. Gracias porque se animaron a encontrar en el hospital, en la escuela, en la cárcel, en el geriátrico, en el aula, en la catequesis, etc., un espacio propicio para esa apuesta apostólica, evangélica, misionera. Gracias porque se dieron cuenta que ese corazón podía abarcar una frontera mucho más grande que la de la propia familia, el propio trabajo o la propia casa. Se dieron cuenta que más allá de su ventana hay un mundo doliente que quizás no lo voy a remediar yo, pero por el que puedo hacer algo. Quizás no todo, quizás no lo ideal, probablemente, pero sí, lo posible. Hay un dicho de un jesuita francés, muy sencillo que dice: “si no podemos lo ideal hagamos lo posible”. Parece “pavote” el consejo pero, es significativo porque a veces cuando no podemos hacer lo ideal a veces no hacemos lo que podemos. Y sobre todo eso posible, hacerlo con mucho amor. Y recordar que sobre ese amor concreto, ese amor afectivo y efectivo, será sobre el que seremos juzgados, como dice San Juan de la Cruz, en el atardecer de la vida.

Termino con unas palabras de un pedagogo jesuita que dice: “Al final, rendido, quisiera poder decir cuando muera, Señor no te traigo nada de cuánto tu amor me diera, todo se quedó allá abajo en tiempo de sementera. Vuelve tus ojos allí, que allí he dejado unas flores regadas con mis sudores y ellas te hablarán de mí”.

Bueno queridos agentes pastores de nuestra arquidiócesis, que este sea el deseo y el agradecimiento de su trabajo cariñoso, de su trabajo fiel de esa misión no ejercida sino vivida con tanto gozo y esperanza. Les dejo un saludo. No dejen de encomendarme. Ya no digo recen por mí, porque cada vez que digo así se olvidan de uno y se ponen a rezar por el papa. Por eso cambio el verbo y digo encomiéndenme y cuentan con mi oración y con mi cariño. Que Dios los bendiga.